Alberto Mencos

Utatlán

Ensayo Épico

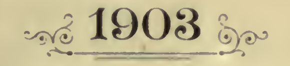
1903

Guatemala
Impreso en la Tipografía Nacional.

ALBERTO MENCOS

UTATLÁN

ENSAYO ÉPICO



GUATEMALA
IMPRESO EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL



Dos Palabras

La conquista del país por los españoles, comenzada el año 1524, es uno de los hechos culminantes de la historia nacional. Es, por así decirlo, como el gran mojón que separa, sucediendo la una á la otra, dos épocas, dos civilizaciones diferentes.

Ella supone todo un derrumbamiento: el de los poderes, culto, instituciones, afectos y costumbres del vencido. Y esos derrumbamientos no se verifican nunca sin cruentas luchas, sin largas y terribles sacudidas, que dejan hondas, perdurables huellas en la memoria de los pueblos.

De aquí que el encuentro formidable, por medio de las armas, en momento y lugar determinados, de dos razas distintas, de dos ideas, de dos aspiraciones opuestas, haya sido antes y tenga que seguir siendo siempre uno de los veneros más ricos á que ocurrir pueda esa maestra y consoladora de los hombres, esa alma de los tiempos: la poesía.

Entre las varias naciones, de cultura harto adelantada, que ocupaban el territorio guatemalteco á principios del siglo XVI, la más notable, por sus empresas guerreras, por la preponderancia que había alcanzado sobre las demás del Istmo, por sus adelantos materiales, que revelan las ruinas de sus famosos monumentos, era, sin duda alguna, la de los *quichées*. Así lo reconocen, todos conformes, geógrafos é historiadores.

La destrucción del gran imperio del *Anáhuac*, que de seguro debió tener siniestra resonancia en los estados limítrofes, no fué parte á hacer que aquella tribu belicosa doblase intimidada la cerviz bajo el yugo castellano: preparóse virilmente á rechazarlo, á pesar de la inferioridad de los elementos con que contaba, comparados con los de sus temibles enemigos; no viniendo á perder su autonomía sino después de ruda y sangrienta lid, de que la tradición nos ha conservado, poetizándolos, algunos bellos episodios.

He creído que este hecho, el primero de los dos únicos que para nosotros simbolizan guerras verdaderamente nacionales, podía y debía servir de argumento á una composición heroica que perpetuase su recuerdo.

No en odio á la conquista, que era una necesidad imperiosa de la época, ni tampoco

al español que nos trajo, con los dones de su habla y su hidalguía, la luz de la civilización, y que vino á confundir su sangre con la nuestra, sino por conmemorar el hecho mismo; para ofrecer á nuestros hijos el ejemplo del valor, si bárbaro, loable, que en defensa de su suelo supo mostrar el indio, antes de su actual abyección y abatimiento.

Para grabar también mejor en la mente impresionable del niño, con los vivos colores de la poesía, las escenas de suceso tan importante; desarrolladas, como en espléndido escenario, en una tierra lozana y majestuosa que tiene por dosel, digno de ella, el más limpio, sonriente y cerúleo de los cielos.

Sé todo lo que acerca del poema épico, suponiéndolo inadecuado al modo de ser y circunstancias de los pueblos contemporáneos, se ha escrito por algunos: sé cuáles son las condiciones, que no se reunen todas en este ensayo, que para que haya tal poema exigen los preceptistas. Y esto no obstante, he perseverado en el propósito de escribirlo.

No porque tenga la necia pretensión de desmentir á los primeros, ni, mucho menos, la de contrariar á los segundos; sino porque, después de intentos infructuosos, he llegado á convencerme de que esa forma literaria es la que más conviene para tratar asuntos

histórico-poéticos que se relacionan con la nación entera. Puedo muy bien hallarme equivocado.

Dos objetos me propuse al realizar el presente trabajo. Es el uno, lo digo con cierta satisfacción, ofrecer á mi patria una obra, por pequeña que sea, en un género no cultivado hasta ahora, que yo sepa, por ninguno de nuestros ingenios. El otro, estimular á la juventud que se levanta á posesionarse de un campo tan vasto y tan feraz, como es el que al estro brindan la historia y la leyenda.

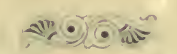
Debo confesar ingenuamente, para lo que importe, que en forma y estructura sigo, en cuanto cabe, á los clásicos modelos. No he tenido ni tiempo ni ganas de cambiarlos, ni lo haré ya probablemente.

Y esto sin desconocer el mérito y los defectos de las escuelas llamadas "modernistas", cualquiera que sea su denominación particular, las que si por una parte tienden (si vale la frase) á *espiritualizar la forma* y á darle vibración y colorido, por otra torturan á menudo los conceptos, violentan las imágenes y caen en raras y diversas extravagancias; cosas que, á mi juicio, son un modo, y no nuevo, de volver al gongorismo.

Por lo que respecta á la ejecución, no es á mí á quien toca decir palabra. Soy el primero en conocer los defectos, sin poder muchas veces remediarlos.

Tengan, sí, presentes, los censores las dificultades, que ellos sabrán apreciar muy bien, que ofrece la materia. Recuerden, al propio tiempo, que en nuestros países latino-americanos la labor literaria es para el gran número penosísima: aquí los productos no son, como en Europa, el resultado de una actividad especial, sino el de un esfuerzo más, cumplido después de llenar las diarias obligaciones, y á pesar de tales obligaciones.

A. M.





UTATLÁN

CANTO I.

Invocación.—Concluida la conquista de México. Hernán Cortés nombra á Pedro de Alvarado para hacer la de Guatemala.—Aspecto de este país.—Principales naciones que contenía en la época de la conquista.—Sabedor el rey *Oxib-quej* de la próxima llegada de Alvarado, convoca una junta de nobles, en la que se resuelve oponerse á los españoles.

Dejando ahora la vibrante lira
por la épica trompa, la süerte
de dos reyes nativos que la ira
del hispano invasor, astuto y fuerte,
sacrificó sobre humeante pira
intentaré cantar; y con su muerte
el término que tuvo desdichado
de los quichés el reino renombrado.

Soy, de los siglos al seguir las trazas
y al pisar de dos tiempos los linderos,
el hijo de los hijos de dos razas
que después que en el campo sus aceros
cruzaron, y tras mudas amenazas,
han confundido sus alientos fieros,
haciendo, bajo el hálito fecundo
de libertad, un pueblo sobre el mundo.

Así no canto de uno la victoria
ni aquí del otro plaño el vencimiento:
la gloria del hispano es nuestra gloria;
es nuestro del nativo el sufrimiento.
Y por eso, evocando la memoria
de aquel drama terrífico y sangriento,
los hechos simples, memorables narro,
honor rindiendo al campeón bizarro

Cualquier el campo en que figure sea:
que al fin—el gran nublado ya deshecho—
si el disfavor se ve con que pelea
el aborigen, indefenso el pecho,
contra el hierro que horrible centellea,
no siéndole sus armas de provecho;
se halla, no por el éxito medidos,
del vencedor ser dignos los vencidos.

Préstame, pues, inspiración, tus alas,
para que, lleno de ferviente anhelo,
como el perfume místico que exhalas,
mi verso pueda remontarse al cielo;
mi verso, que si acaso con las galas
lucir lograra del hermoso suelo
donde puso el azar la cuna mía,
inmortal, como ellas, duraría. . . .

De mi ambición el temerario intento
oh, dulce Patria de mi amor, perdona:
bien sé que tú, á quien criador aliento
los dones da de la abrasada zona,

ya ciñes, la que ofrenda el pensamiento,
tejida por tus hijos, real corona:
mis flores, que á tus aras llevo santas,
para esparcirlas son bajo tus plantas.

Así que de Castilla la bandera,
tras la lid en los siglos más famosa,
de la vencida México altanera
ondeó sobre las torres victoriosa;
aquel que cima afortunado diera
á empresa tan heróica y gloriosa,
su ardiente sed de gloria no saciada
á lo lejos extiende la mirada . . . .

Entonces, con el cálculo profundo
que el genio en todo cuanto intenta pone,
á los que ocupan el lugar segundo
en el hispano ejército, dispone
á otras partes enviar del Nuevo Mundo,
que ganar para Iberia se propone;
la emulación bastarda así alejando
y el propio poderío acrecentando.

Entre los campeones que ganado
han del *Anáhuac* en la guerra fama,
encuéntrase don Pedro de Alvarado
á quien el indio *Tonatiú* le llama
comparándole al sol; porque el soldado
español, como el astro que derrama
sobre el mundo vivífico destello,
hermoso es, y cual oro su cabello.

Prez al valor! Ninguno le supera
en temerario arrojo y bizarría;
ni en aquella de dar regia manera
de quien cïego en la fortuna fía.
Pero ¡oh, contrastes que el acaso opera!
el alma tiene despiadada y fría;
la sórdida codicia hinche su pecho
y á su fin va, sin reparar, derecho.

A este hidalgo, con el cual comparte
el espléndido honor de la victoria,
y á quien censura y alabanza aparte
ya preparadas tiénele la historia;
Cortés le muestra de aquilón la parte
y al cebo del botín y de la gloria,
allá le envía á conquistar lejanos
reinos para los reyes castellanos.

Ved al bizarro capitán saliendo
de la ciudad que imperatriz fué antes:
ved cuál lucen al sol con brillo horrendo
las armas de los ínclitos infantes.
Siguen los caballeros con estruendo,
con penachos y cascos ondeantes,
y bruñidas corazas; y empuñadas
lanzas con banderolas adornadas.

Allí marcha el galán, enamorado
y bravo paladín, Portocarrero;
y Fernando de Chávez, esforzado
campeón y cumplido caballero:

y Gómez y Gonzalo de Alvarado,
hermanos del caudillo, y el austero
Diego de Roxas, Baltazar Mendoza,
y otros que el vulgo en admirar se goza.

El buen Diego de Usagre, lleva el mando
de la nueva, terrible artillería,
que atrás, pesadamente, va rodando
con estrépito sordo por la vía:
y la marcha, por último, cerrando
un cuerpo de auxiliar infantería,
en México y Tlaxcala reclutada
y á la manera indígena equipada.

En tanto que esta grey que infunde ingente
en los pueblos del tránsito, recelo,
atravesando va penosamente
del *Anáhuac* feraz el rico suelo;
con las ligeras alas de la mente
lleguemos antes en callado vuelo,
al punto, do, en cual presa codiciada,
fija tiene el hispano la mirada.

En el centro de América, sonriente
hay un bello país que el sol adora,
en el que alegre reina eternamente
la dulce primavera encantadora;
al cielo eleva la sublime frente
la cordillera azul que lo decora,
y de augurios preñados soberanos
estréllanse á sus pies dos ocëanos.

Dos ocëanos á sus pies tendidos,
que áun no surcan las naos presurosas,
con ímpetus de amor estremecidos
en torno de las playas arenosas,
ya las besan humildes y rendidos,
ya el cordón de sus olas tumultuosas
contra ëllas sacuden, y al romperlas
murmuran iras y derraman perlas.

Como virgen beldad que su hermosura
ostenta libre de enojosos velos.
allí del sol bajo la lumbre pura,
está; y sonríen viéndola los cielos.
Predilecta porción de la natura,
aspiración de todos mis anhelos,
tierra de luz y amor, ¡qué no daría
por poderte cantar la musa mía!

Deja tan sólo que, rendido amante,
te lleguen sin palabras, mis halagos:
que absorto vea en el confín distante
de tus montañas de turquí los vagos
contornos: que mi sien febricitante
la húmeda brisa orée de tus lagos;
que acaricie con músicos sonidos
el rumor de tus selvas mis oídos.

Canten otros en trovas hechiceras,
extrañas á los bélicos furores,
el eterno frescor de tus praderas;
tus azulados valles; tus alcores:

tus costas, do se mecen las palmeras;
tus cimas, donde anidan los condores;
tus fuentes, tus cascadas y tus ríos;
y tus campos inmensos y bravíos.

Tus aves . . . presten argumento al canto,
iris que roto sobre tí caería;
y los insectos mil, que de tu manto
de reina, son cambiante pedrería.
Y pueda el bardo que se atreva á tanto,
con tus lirios y rosas á porfía,
presentarte del mundo á la mirada
cual del sol seductora desposada.

Porque, lo sabes! Aunque mi alma inquieta
tu incomparable esplendidez admira,
no se quiebra la luz en mi paleta
y áspero es el acorde de mi lira.
Y mi canción así, ahora sujeta
al histórico asúnto que me inspira,
en la falda de ese Ande que testigo
de la tragedia fué, ruda prosigo.

Hay en ese país, que á ambos lados
tiene, opuestos, los trópicos ardientes,
un enjambre de tribus y de estados
dë usos y de lenguas diferentes;
todos los habitantes (no contados)
de tultecas y mayas descendientes
y de aztecas y náhoas: unos cultos
y fijos; otros móviles y estultos.

Ocupa el centro el reino populoso
de los fuertes y bravos *cachiqueles*,
püeblo entre los otros belicoso
y acostumbrado á conquistar laureles:
de la sierra en el punto más fragoso,
y de torres ornada y capiteles,
está su corte, que *Ixinché* se llama,
y que de inexpunable tiene fama.

Al oriente, llegando hasta las frías
cumbres del Merendón, que del inmenso
Atlántico ven ya las lejanías,
está del *Pokomán*, el pueblo denso:
asilo las cerradas serranías
le dan; y siempre á combatir propenso
mantiénese, en el suelo en donde impera,
en paz hostil ó agitación guerrera.

Hacia el ocaso, y en la orilla bella
del lago de *Atitlán*, (la más hermosa
perspectiva gozando), sóla en ella,
la nación *zutujil* queda famosa.
Sobre abrupto peñasco, do se estrella,
si sopla el *chocomil*, (1) la ola rabiosa,
está la capital; y no hay guerreros
más crueles, más indómitos y fieros.

A la siniestra y septentrión de éstos,
del mar hasta la cóncava ribera,
y en los llanos sin límites püestos
al pie de la gigante cordillera;

de cien ríos ceñida y con enhiestos
volcanes coronada, la altanera
monarquía *quiché*, grande se extiende
que de todas el cetro haber pretende.

Utatlán es su corte suntüosa;
de un gran valle en el centro edificada
en áspera eminencia rocallosa
(como nido de águilas) y ornada
de palacios y templos: la industriosa
Chuví jime á su yugo encadenada;
y *Xelajú*, (2) la reina de Occidente,
y *Xetulul*, sobre la playa ardiente.

En la tendida costa exuberante,
llena de verdes bosques y palmeras,
posée, hasta *Cuzcatlán*, el traficante
pipil, villas y hermosas sementeras;
y en el confín de los quichés, distante,
las hordas viven de los mayas fieras;
y *mames* y *tzendales* á occidente,
robusta y grande y belicosa gente.

Allende el turbio río caudaloso
que nace en Utatlán y ya insondable
se arroja en el Atlántico espumoso,
Tesulutlán (3) se encuentra, la indomable;
y lejos, en el suelo prodigioso,
que cubre inmenso el bosque impenetrable
de un lago en isla fértil que contiene
de las *itzas* el rey su trono tiene.

Reinaba *Oxib* en Utatlán, cüando
por seguros avisos que tuviera,
sabe que con la hueste de su mando
Tanatiú se aproxima á la frontera.
El peligro inminente contemplando
de conjurarlo el modo considera,
por lo que manda que en su alcázar una
asamblea de nobles se reúna.

Allí, al sonar la prefijada hora,
para la grande junta prevenida,
ante una multitud espectadora,
del Quiché la nobleza está reunida.
Lleno de majestad deslumbradora
el trono ocupa *Oxib*: de oro ceñida
la diadema real, en que brillante
el penacho levántase flotante.

Alba túnica viste, á la cintura
ajustada y que llega á la rodilla;
celeste manto de preciosa hechura;
su pié cubriendo cáliga sencilla:
misterioso collar de piedra obscura
del cuello pende, y amarillo brilla
en círculos de radios diferentes
el metal de brazales y pendientes.

No es sólo el esplendor de la corona
lo que en el joven príncipe cautiva:
aunque nacido en la abrasada zona
es claro su color; es expresiva

su faz serena y grave: su persona
esbelta; la mirada inquisitiva,
do lucen, sin selvática aspereza,
el valor, la energía y la fiereza.

A la diestra del Rey, mas en asiento
menos rico, cual rey engalanado,
se encuentra *Belehcb*, por nacimiento
compartidor del cetro ambicionado.
El sacerdote de *Tohil* (4) sangriento,
Tepcpul, se halla del *Ahpop* (5) al lado;
y al lado del Adjunto, el gran guerrero
quiché, *Tecúm Umán*, altivo y fiero.

Dispersos en asientos inferiores
ostentan con semblantes altaneros,
bordadas vestiduras los señores,
terríficos despojos los guerreros:
de múltiples, vivísimos colores,
ondean en las frentes los plumeros;
cubre el oro los pechos; de las lisas
largas melenas, penden las divisas. (6)

"Jefes del pueblo que á *Tohil* adora—
Oxib dice, con voz clara y segura—
convocádoos hemos sin demora
por grave causa que al acuerdo apura.
Sabéis que el gran *Anáhuac* gime ahora
bajo el pie de una raza cruel, impura,
que para ruina del feliz indiano
abortara en sus costas el Oceano.

"Ahora de los *teules* (7) el regente,
no de presa tan rica satisfecho,
lo que nunca intentara el prepotente
monarca del imperio ya deshecho;
contra nosotros, de escogida gente,
hueste, que manda *Tonatiú*, ha hecho
salir, para que venga nuestra tierra
á sojuzgar, de grado ó por la guerra.

"Vosotros bien sabeis, por lo que cuenta
la rumorosa lengua de la fama,
cuánto el hijo que América sustenta
temer debe del *teule* que la infama:
en donde quiera que la planta asienta
del incendio voraz brilla la llama,
tras sus pasos dejando ¡triste suerte!
deshonra y ruina, vilipendio y muerte.

"Ya á nosotros acércase. Clemente
Tohil por eso tan funestos males
cual suspensos están sobre su gente
nos anunció con hórridas señales.
Muy pronto por do el sol resplandeciente,
se pone, pisará nuestros umbrales;
aquí dispuesto á caer como un flagelo
de esos que al mundo les depara el cielo.

"Guerreros, callo porque ¿quién lo ignora?
cuál es el cierto fin que se propone
esa gente falaz, trastornadora
de los reinos del sol, de que dispone

ya en su mente, sin óbices. Ahora
de resolver se habrá—lo que supone
ya una injuria—si en triunfo se le acoje
ó el guante que nos tira se recoge.

"Sobre esto resolved; si por acaso
para el püeblo del Quiché altanero
resuelto no está aún el que en tal caso
de seguir haya fijo derrotero.
Yo, á anticipar mi voto me propaso,
pienso que para darla al extranjero
hace ya tiempo que se halla presta
de la lanza en la punta la respuesta."

Calla. "Y á qué-clamó-cuando el murmullo
que á estas palabras sigue se extinguiera,
un capitán, con quien en fiero orgullo
y altivo porte nadie compitiera;
si cual la dulce tórtola al arrullo
responde al reto la nación guerrera,
á qué deliberar? ¿A qué en sonoras
frases, pueriles, consumir las horas?

"Util es la prudencia, pero digo
(y con ira vibró la fuerte lanza)
que si audaz nos injuria un enemigo
quienquier sea, cualquiera su pujanza;
hasta darle, venciéndole, castigo;
hasta lograr, matándole, venganza,
el corazón doliente no reposa
del hijo ingénuo de la selva umbrosa.

"Esto sïempre. Con razón doblada,
oh, campeones ínclitos, cüando
á la patria se ofende idolatrada
y está la independencia peligrando:
que el sueño de esa gente aquí anunciada,
el *Anáhuac* lo dice suspirando,
es la muerte del indio y la rüina
de las bellas regiones que domina.

"Al ánimo viril que la enamora
más dócil se somete la fortuna
que á aquel que se recata; y así ahora
yo no veo más senda sino una
que sin desdoro pueda triunfadora,
seguir la patria de los bravos cuna:
á las armar volar, nuestro rescate
pidiendo á los azares del combate.

"Esa ave esplendorosa que en la umbría
montaña vive siempre zahareña,
blasón de la utatleca monarquía,
á conducirnos, sabia, nos enseña:
ama no más su libertad bravía;
sólo en el bosque impenetrable sueña;
á quien osado se le arrima hiere,
y, antes que verse entre prisiones, muere.

"Probemos, pues, al fiero castellano
que insolente nos brinda ó paz ó guerra,
que ni su nombre, ni su orgullo ufano,
ni su poder famoso nos aterra.

Tohil, de todo el orbe soberano,
sabrá, potente, proteger su tierra,
sus templos y á sus hijos: se irritara
si su pueblo al impío tolerara.

"Si verdad es, y sin que á nadie asombre,
no se tuerce la ley que el hado fija,
aquí mismo, propóngoos, se nombre
caudillo que el ejército dirija:
úna á grave experiencia pecho de hombre;
y logre el jefe que la junta elija
feliz ver sobre el campo enrojecido
libre al quiché; al invasor vencido."

Tal dijo el noble *Ahzumanché*. Como Eco
en las concavidades escondida
repecurtiendo va de hueco en hueco
voz á otra voz aérea parecida;
y como en haz de combustible seco
pronto prende la chispa allí caída,
así, los pechos encendidos, fieros,
apoyan lo propuesto los guerreros.

Presente un jefe valeroso se halla,
de la estirpe real ramo florido,
adalid de los campos de batalla
en medio del fragor encanecido:
el invicto *Tecúm*. Un grito estalla:
pronúnciase este nombre repetido;
y como á sol de la nación, sin sombra,
caudillo desde luego se le nombra.

Aclama el pueblo la elección. Hermoso
rubor la frente del anciano anega,
quien, á un signo del rey, ante el suntuoso
solio, tranquilo, á posternarse llega.
Con semblante mirándole afectuoso
Oxib del mando el símbolo le entrega,
que es una espada de oro guarnecida
de fúlgidos brillantes, y tendida

"He aquí, le dice, el misterioso emblema
que tal virtud incontrastable encierra,
que cual la lava de los montes quema
y como el rayo, al fulgurar, aterra:
insignia es de potestad suprema,
esplendoroso cetro de la guerra:
que al enemigo de la patria humille,
y más gloriosa, si se puede, brille

Cuando triunfante vuelva." Lentamente
ante el rey prosternándose el anciano,
en la diestra la espada refulgente
y en el robusto pecho la otra mano;
así dice.... (y se ve sobre su frente
reflejarse un anhelo soberano,
y entre la luz que baja de la altura
como irradiar, más grande, su figura)

"Aunque la carga de los años pesa
sobre mis hombros, la ocasión bendigo
de poder áun en tan gloriosa empresa
parte tomar. Y juro, por testigo

poniendo al gran *Tohil* de mi promesa,
que ó logro escarmentar al enemigo
que injusto nos provoca; ó de la cara
patria, la vida ofrendaré en el ara."

El acto luego dando por concluido
el rey, de los ministros rodeado,
al interior retírase, prohibido.
Tecúm, en área silla colocado,
la capital recorre conducido
por nobles, de las turbas aclamado,
que del sol á los vivos resplandores
bullen, regando en su camino flores.

Cuando la noche plácida y serena
sobre la tierra desplegó su velo,
é indiferentes á la humana pena
brillaron las estrellas en el cielo;
del palacio real sobre la almena,
guerra anunciando al tenebroso suelo,
una hoguera se alzó; y otra en el monte;
y otras, hasta el confin del horizonte.





CANTO II.

Argumento.—Batalla de *Xetulul*.—Batalla de *Olintepeque*.—Tecúm Umán, con el último ejército quiché, sale de *Chuví Megena* para ir al encuentro de los españoles.—Gran sacrificio hecho en Utatlán en honor de *Tohil*.—Batalla de *Xelajú* y muerte de Tecúm.

Musa, que en el verjel de los amores
que recreó mi joven fantasía,
cuando rodeado de tempranas flores
á la ilusión primera sonreía,
hiciste que en mis dedos tembladores
diese el laúd dulcísima armonía,
más suave que las quejas de las olas
que se deshacen en las playas solas;

Si el bélico aparato no te asusta
ni el hórrido fragor de la pelea,
en la que cae, para siempre, adusta,
ó triunfa, no un ejército, una idea;
llévame tú, con majestad augusta,
allí, do al rayo de la luz febea,
ya luchan, guiados por Mavorte fiero,
el quiché altivo y el valiente ibero.

Y pueda el ritmo de mi verso rudo
repercutir, como el peán sagrado,
como la brisa en el erial desnudo
los rumores del oásis apartado;
con el vibrar sonante del escudo
por el hierro mortífero golpeado,
el estruendo horroroso de las lides
que libraron los muertos adalides.

Hállase al lado *Xetulul*. Radioso
luce en el cielo el astro rutilante,
y como áureo polen luminoso
la luz inunda el litoral. Gigante
el bosque en torno crece majestuoso
que el *Samalá* atraviesa murmurante;
cerrando, hacia el Oriente, el horizonte,
lleno de pompa tropical, el monte.

Bajo el dosel del bosque soberano
cualquiera senda que á la villa preste
entrada, obstruida fué. Sobre cercano
cerro, el paisaje escudriñando agreste,
está un guerrero indio. Ah! lejano
de pronto un casco brilla; y trás de éste,
circundado del polvo que levanta,
un escuadrón entero se adelanta.

Es la vanguardia ibérica. Perito
el español, partida ya su gente,
al ataque se lanza. A esto un grito
bajo la selva cóncava, (estridente

graznido simulando), á lo infinito
propágase veloz; y de repente.
entre los anchos troncos y malezas,
de los quichés asoman la cabezas.

Pronto la selva húmeda se llena
de bronceados guerreros que alaridos
espantosos exhalan: pronto suena
el caracol, fatídicos sonidos
sin cesar esparciendo: pronto truena
la primera descarga: los silbidos
de las flechas escúchanse: los vientos
pueblan imprecaciones y lamentos.

Y encarnizada la contienda impía,
tras los caudillos que en ardor se exceden,
las huestes en la bélica porfía
ahora avanzan, ahora retroceden:
á las descargas la floresta umbría
tiembla, que sin descanso se suceden;
rodando, como el trueno en la distancia,
de la lid la espantosa resonancia.

Los *tlaxcaltecas* vadear en vano
intentaran el río defendido
de quichés por un cuerpo veterano
en la margen derecha guarnecido:
allí mil de ellos, sobre el verde llano,
lívidos yacen con el pecho herido....
Acaso al caer, en los nativos montes
pensaran y en los patrios horizontes.

Al rey de *Xetulul* allá contemplo
que de asir un corcel hallando traza,
cual se inmola á una víctima en el templo,
á corcel y á ginete despedaza.
Seguían ya los suyos el ejemplo,
al aire alzando la terrible maza,
cuando rumor insólito que viene
del lado de la villa los detiene.

Es que á la par que el bosque atrincherado
con heroísmo fiero se defiende,
un cuerpo de españoles destacado
del centro, tras el pueblo, lo sorprende.
Ya ärde el caserío amontonado;
ya de la plaza el defensor emprende
la fuga.... Los del bosque, circüidos,
caen muertos, valientes, no rendidos.

Allí quedaron todos en la orilla
del patrio río, entre ásperos abrojos:
canta la onda su oración sencilla;
la selva virgen cubre sus despojos.
Si véis, el sol cuando al ocaso brilla,
temblar el agua con reflejos rojos,
no es la luz quien los hace caprichosa:
es del quiché la sangre generosa!

Después de reposar un día entero
de *Xetulul* bajo la selva umbría,
concediendo á la fuerza el placentero
solaz que deseaba y merecía,

Tonatiú sigue el áspero sendero
que á la hermosa, gigante serranía
conduce que en los términos de Oriente
al cielo eleva la cerúlea frente.

Sube luego la hueste en ordenada
columna, con recatos militares,
del monte colosal por la empinada
pendiente, que arboledas seculares
cubren; donde murmura la cascada,
y chillonas pericas á millares
pasar se ven: rumores que el concierto
farman solemne y grato del desierto.

Del sol herida por la luz radiante
que desde el éter puro reverbera,
desenvolverse mírase, ondulante
la falda, al pie, de la alta cordillera:
atrás queda la costa exuberante
que, plana, va á morir en la ribera
del combo mar que, tras brumoso velo,
se junta, en lontananza, con el cielo.

Tras esfuerzo titánico la altura
dobla por fin la fatigada hueste,
sintiendo de otra brisa la frescura
que los rostros orea. Hacia el este,
como un lago, aparece la llanura
entre montañas de color celeste,
semejantes á un haz de terciopelo
al azar rebujado sobre el suelo.

Imponentes, sentados en la falda
que brilla con reflejos de topacio,
cien conos de zafir y de esmeralda
las cúspides elevan al espacio.
Eterna nieve cíñeles guirnalda;
sobre ellos, donde tienen su palacio,
cerniéndose, entre áureos resplandores,
aves que émulas son de los condores.

Apenas en el plan inmensurable
la planta puesto había el castellano,
cuando del otro extremo, en línea instable,
como una inundación cubriendo el llano,
de guerreros enjambre innumerable
hacia él se dirige. Viene ufano,
al compás de bocinas lastimeras
y ostentando estandartes y banderas.

Llegaba ya del íbero la gente
junto á la orilla de arroyuelo blando
de que una aldea súrtese adyacente,
cuando lä horda intrépida avanzando
que *Ahzumanché* dirige; un potente
alarido horroroso levantando,
el arco dobla corvo que chasquea,
mortífera empezando la pelea.

Tendido se halla el tercio castellano
como un dique en mitad de la llanura,
opuestas al valiente americano
las armas que desprecia su bravura:

Usagre con las máquinas cercano
peñascal señorea: en otra altura
están los auxiliares: Alvarado
el pie manda de hipógrifos, formado.

Súbitamente, con fragor de trueno
que al temeroso corazón espanta
la muerte sale de broncíneo seno
y el humo denso y blanco se levanta.
Estalla el arcabuz: en el sereno
aire los dardos vuelan: se adelanta
el escuadrón potente. A Dios invocan
todos; y unos contra otros chocan.

Bien pronto, bajo el sol que centellea
en medio de la bóveda azulada
ruidosa se encarniza la pelea
por toda la llanura dilatada.
No bate tanto el mar, en la marea,
la orilla de la costa acantilada,
como el indiano, con furor salvaje,
la barrera que excita su coraje.

Retumba sin cesar el de la guerra
ronco trueno en el valle repetido
y, como en los espamos de la tierra,
el suelo todo tiembla conmovido.
Con frenética ira el indio cierra
contra el hombre y el bruto; y repelido
una vez y otra vez, con más arrojo
á la lid vuelve por la sangre rojo.

Quién sabe cuánto en torno de la toma
perduraría la espantosa brega
si á *Ahzumanché*, que sobre el anda asoma,
una bala en el pecho á herir no llega.
De lo älto el caudillo se desploma
sobre la grama que con sangre riega;
quedando allí en el páramo tendido
cual fatigado paladín dormido.

Los más próximos corren, que el fracaso
con un terror supersticioso miran,
y al caudillo en su trono, que está al paso,
extendido, y batiéndose, retiran.
Pronto las nuevas del siniestro caso
por todo el campo quicheleño giran,
oyéndose que toca retirada
la voz del caracol desacordada.

Como al soplo del aura matutina,
rota en girones, huye por la anchura
del suelo, de la noche la neblina;
tal las huestes quichés por la llanura.
Pero no en paz el íncola camina;
tras él, con la ira del que el triunfo apura,
vuela el corcel alígero, y la lanza
la vida corta al mísero que alcanza.

A sonreír empieza en el Oriente
entre celajes fúlgidos la aurora,
del astro sin rival, resplandeciente,
hermosa, inseparable precursora;

cuando juntando su incontable gente
al estridor de música sonora,
Tecúm el campo de *Chuví* levanta
y de *Xlajú* á los llanos se adelanta.

Brillantes luego la celeste esfera
los rayos tiñen de la luz divina,
que, saltando gozosa, reverbera,
sobre las cumbres de la mole andina:
baja de allí fugaz á la pradera
que ciñe la vertiente esmeraldina;
surgiendo en los serenos horizontes
las azules cadenas de los montes.

Y cuando al fin, con majestad serena,
el sol toca al dintel del firmamento;
al són, que el aire sin cesar atruena,
del grave melancólico instrumento,
que las olas arrojan en la arena;
con las alegres flámulas al viento;
la hueste en que se cifra la esperanza
postrera del Quiché, veloz avanza

En numerosas filas. En dorado
rico solio, que á hombros se sostiene,
como un rey á sus bodas, ataviado,
atrás marcha *Tecúm*. En torno viene,
ante él quemando incienso perfumado,
multitud oficiosa, ó que detiene,
del sol para librarle, cimbradores
plumeros de vivísimos colores.

Cual inmensa serpiente matizada
la hueste entre los montes se desliza;
y reluce la joya cincelada
y el aura leve los penachos riza.
Mas antes de seguirla apresurada
al estruendoso campo de la liza,
tregua dando á los bélicos furores
otros veamos más bárbaros horrores.

Cuándo la hueste de *Tecúm* salía
al encuentro del íbero esforzado,
el pueblo de Utatlán que ya sabía
de los suyos la rota, atribulado,
para ofrendar al dios, se dirigía
al templo de *Tohil* que colocado
está de una pirámide en la cumbre
que el rayo dora de la eterna lumbre.

Con lento paso allí desde vecina
mansión á do se había recogido,
el grande sacerdote se encamina
de *ajquíes* (1) y de arúspices seguido
y de gente sin número: camina
sobre alfombra de pino distendido;
la atmósfera llenando los acentos
de varios y salvajes instrumentos.

Al término llegado de la vía
do está la mole que el espacio hiende,
ágil por la empinada gradería
el sacerdote de *Tohil* asciende.

A los rayos del sol, la pedrería
de las prescas que reviste, explende,
apenas distinguiéndose en la altura
accionar, disminuida, su figura.

Y allí, sobre la cúspide elevada,
donde más cerca está de lo infinito,
á la faz de la bóveda azulada,
dirige al cielo el suplicante grito.
La multitud responde arrodillada
con voz doliente y corazón contrito,
como sollozo inmenso que aumentando
va, el clamor en el valle resonando.

Luego de los *ajquís* la muchedumbre
á la cima se lanza presurosa,
ante el ara del dios luciente lumbre
haciendo. Cuando brilla crepitosa
la llama, entre sayones, á la cumbre
sube grey de cautivos numerosa,
que ante la muerte trágica, inminente,
sonríe desdeñosa, indiferente.

Como la mansa res á quien certero
golpe á tïerra inanimada trae,
el uno de otro en pos, bajo el acero
fatal, herido en las entrañas, cae.
Luego del pecho el sacerdote austero
el palpitante corazón extrae,
con la sangre aspergiando, aún caliente,
al sol y al dios y á la humillada gente.

Y la diestra elevando que derrama
por cielo y tierra la aspersión tremenda,
"Oh, *Tohil* inmortal! oh, Sol!—exclama—
amoroso recibe nuestra ofrenda.
Oye la voz del pueblo que te aclama:
sus bravos marchan á la lid horrenda
contra enemigo que te odia insano;
no les niegues tu auxilio soberano.

"Haz que ellos triunfen de la fiera raza
que, salida del seno de los mares,
acabar con tus hijos amenaza
y reducir á polvo tus altares:
haz que deshechos por la férrea maza
ni uno logre volver á sus hogares,
para que el mundo séanos testigo
de lo que hace el Quiché con su enemigo!"

Vibra la voz en la región serena,
en alas de la brisa caminando;
y el pueblo inmenso que el recinto llena
responde así, las palmas levantando:
"Dános, dios, la victoria: que en la arena
deshecho quede el español nefando;
y que el *quetzal*, (2) al remontar el vuelo,
proclame: es libre de Utatlán el suelo!"

Baja el *Ajquij*. Con tardo movimiento
la turba hacia otro punto luego rueda;
y sobre el solitario monumento,
donde la pira abandonada queda,

y donde, triste, al murmurar, el viento
un gemido parece que remeda;
atisbando los míseros despojos
los buitres vuelan con hambrientos ojos.

En la soberbia *Xelajú* se hallaba
el español, ageno de cuidado,
lugar en que, como árbitro, mandaba
por haberlo el nativo abandonado;
cuando de que á esta parte se acercaba
un poderoso ejército, avisado,
que es el que *Umán* dirige, en el momento
se pone todo el campo en movimiento.

Dócil á la severa disciplina
que el triunfo de las armas asegura,
pronto la hueste fórmase latina
é ir del quiché al encuentro se apresura.
Parte. La muchedumbre que camina
distinguiendo en la próxima llanura;
tan grande, que en el ámbito extendido,
mar parece que avanza enfurecido.

En tanto que en el cielo esplendoroso
el sol al cénit fulgurante asciende,
en el centro del valle espacïoso
que entre los montes plácido se extiende;
el íbero se pára silencioso;
las combinadas divisiones tiende;
las órdenes imparte; y el embate
tranquilo espera. Trábase el combate.

También *Tecúm*, á quien el genio diera
el artificio adivinar temido
del español, así que delibera
con los primeros jefes; advertido,
del contrario imitando la manera,
su grey forma y divide, y circüido
de nobles, desde próxima eminencia,
la gran batalla, impávido presencia.

¡Manes de tantos héroes ignorados
que entre la niebla de la noche oscura,
vagáis por esos campos desolados
que miraran ayer vuestra bravura:
ecos que desde entonces espantados
en la concavidad dormís obscura;
resucitad ahora: que me sea
dado el horror cantar de la pelea!

Suenan los atabales: las bocinas,
con los despojos del crustáceo hechas,
vierten lúgubres notas. Las colinas
cubiertas de aborígenes, estrechas
son para tanta multitud. Continas,
como una emigración de aves, las flechas,
en infinito número que asombra
al campo prestan dilatada sombra.

Los proyectiles que el nativo envía
dan certeros en hombres y broqueles;
mas ya habla la española infantería
los arcabuces descargando fieles:

ya comienza á tronar la artillería
con hórrido fragor: ya los corceles,
que bajo el freno piafan, se encabritan
y como un aluvión se precipitan.

Ay! á pesar de los esfuerzos que hace
el indio, cuyo aliento no se enerva,
del *teule* la estrategia lo deshace,
sembrando de cadáveres la yerba;
mas antes que el lugar desembarace
de enemigos, acude la reserva
de *Umán* que son los batallones reales
que igualan en fiereza á los chacales.

A vista del refuerzo apetecido
que con ímpetu acércase al paraje,
el ánimo levanta decaído
el aborigen, y con más coraje
torna á la lid. El *teule* circüido,
como en el monte jabalí salvaje
por osada jauría, de ira brama,
pugnando por romper la densa trama.

Entonces Alvarado que no lejos
al caudillo tulteca á ver alcanza,
que desoyendo ruegos y consejos,
deja su puesto y por el campo avanza;
seguido de unos cuantos, mil reflejos
el hierro despidiendo de su lanza,
entre las turbas indias que devela,
del cacique al encuentro, raudo vuela.

Pero antes de llegar, por un certero
golpe, que *Umán* le asesta, resollante,
cae su palafrén. Salta ligero
Tonatiú, y arrojando la vibrante
lanza, desnuda el toledano acero,
y al adversario corre; que delante
(del anda, al reto, descendido habiendo)
la ponderosa clava está blandiendo.

La lid en torno queda suspendida,
mirando las opuestas divisiones
con silencio y asombro la emprendida
lucha, entre los contrarios campeones.
El uno: la coraza revestida;
flotando sobre el casco los airones:
el otro, atleta de las selvas, rudo,
sin más que su coraje por escudo.

Empéñase el combate: valeroso
golpe tras golpe el indio á la cabeza
del español dirige presuroso,
que en el broquel, que vibra, con presteza
los pára, devolviéndolos furioso;
mas á pesar de toda su destreza,
á *Tecúm*, que ya avanza ó retrocede,
girando en torno dél, tocar no puede.

Ve entonces con sorpresa temerosa
que sobre el héroe á quien herir pretende,
un ave, como el iris luminosa,
las bellas alas de esmeralda extiende.

Invocación haciendo fervorosa,
hacia ella el hierro fulgurante tiende,
á sus plantas cayendo el ave herida
en las postreras ansias de la vida.

Por un portento que se explica cuando
un ser á otro ser está enlazado,
la misma espada que alcanzó vibrando
al ave, hiere al indio denodado;
quien, el arma mortífera soltando,
con el pecho de púrpura bañado,
rueda; las manos contra el polvo cierra;
y al rudo golpe retembló la tierra.

Así cayó *Tecúm* cuando al ocaso
mostraba el sol la faz enrojecida;
junto al ave sagrada, por acaso
en la mitad del corazón herida.
A la terrible nueva del fracaso
huye la grey quiché despavorida
por la vasta llanura, que á la incierta
luz, se ve de cadáveres cubierta.





CANTO III.

Junta de los dioses regionales en el monte *Hunapú*, y lo que en ella se decide.—*Cabrikán*, tomando la figura del sacerdote *Acán*. sugiere al rey de *Saku'éu* la idea de destruir á los españoles por medio del engaño.—Asamblea en que se trata de este asunto y embajada que se despacha para poner en ejecución el plan propuesto.

Gigante es *Hunapú* (1) que entre gigantes,
con la altivez augusta de un monarca,
en los confines de *Ixinché* distantes
dominador se eleva en la comarca.
Ah! ¿quién pudiera en versos resonantes,
de ese titán que el horizonte abarca,
de siglos mil, de los que no hay memoria,
rasgando el velo, referir la historia?

La base circunvalan espaciosa
que cubre el bosque secular, la hondura
do la cascada rueda rumorosa;
el valle alegre lleno de frescura;
la azulada colina caprichosa;
y la plana extensión de la llanura
do la mole descansa del coloso
como en mar de esmeralda luminoso.

Hasta la cima alzándose eminente,
que en las alturas piérdese del cielo,
y á que ciñe corona permanente
de cristalinos témpanos el hielo;
la tentación pudiera nuevamente
pedir al hombre, si encantado el suelo
á sus pies, desde allí, le señalara
que, de hinojos cayendo, la adorara.

Nunca yo, á la mitad de la distancia
montaraz ruiseñor desfallecido,
alcanzaré la cumbre, en mi arrogancia,
ni el mundo, abajo, miraré rendido;
mas desde el bosque, lleno de fragancia
y frescas flores, donde está mi nido,
dulce y sentida, al monte que me arroba,
alegre ó triste elevaré mi trova.

Alegre, cuando huyendo al Occidente
la luz, cual maga caprichosa, juega
y del coloso azul sobre la frente,
entre nácares y oro, rosas riega:
cuando en noche serena y transparente
la luna sobre záfiros navega,
la cima ornando inmaculadas nubes
que ejércitos parecen de querubes.

Triste, cuando la hórrida tormenta
que en las cumbres del Andes se desata
la cabellera desgreñada ostenta
circuida de relámpagos de plata;

y cuando la catástrofe violenta,
que vidas y riquezas arrebata,
cayendo sobre tí, como un flagelo,
te sume ¡oh Patria! en silencioso duelo.

En la cuenca del cráter desolada,
un tiempo foco de la escoria hirviente
la lluvia, entre los bordes encerrada,
formado tiene lago transparente.
Ni una flor en la orilla calcinada
ni entre las frías ondas un viviente:
sólo rocas dispersas en contorno;
sólo bloques helados son su adorno.

Allí, mi canto al proseguir, luctuosa
cuando la noche sobre el mundo impera,
y la celeste bóveda espaciosa
tachonada dë astros reverbera;
cuando apenas la brisa perezosa
en las ramas murmura y la agorera
ave, en las sombras, pavoroso acento,
oír hace, monótono lamento.

La orden acatando soberana
de aquel á quien están subordinados,
los dioses todos de la tierra indiana
encuéntranse—ya tarde—congregados.
A la impalpable claridad que emana
de ellos mismos, espíritus alados,
transparentes se ven; y la radiante
luz baña el pavimento de diamante.

Sobre una roca, en medio la laguna
que oro en fusión, entre la luz, parece,
el gran *Qhetzalcohuatl*, (2) á quien fortuna
dió el cetro de los dioses, resplandece.
Majestad y belleza ostenta á una,
como un dios, aunque súbdito merece;
de *Xibalba* (3) los dioses silenciosos,
en contorno agrupándose radiosos.

Allí el buen *Hunapú* está presente
que á la tierra preside productora;
y *Cabřikán* (4), como Hércules potente,
que las montañas, mueve donde mora;
y el perverso *Cumatz*, que en el ambiente
esparce pestilencia asoladora;
y aquel *Huitzilipoctli* (5) tan temido
ahora silencioso y abatido.

Y las hadas de fuentes y praderas
hijas, como la flor, de la natura:
de los lagos las náyades ligeras;
los genios de la incógnita espesura:
no como terríficas quimeras,
cual cruel superstición se las figura,
sino con nobles formas que, á lo humano,
del cielo juntan resplandor lejano.

Todos con atributos aparentes
á la propia misión ó á las labores
que encomendadas tienen: tal, lucientes
plumajes de vivísimos colores;

cuáles, aureas diademas en las frentes;
quiénes, guirnaldas de fragantes flores;
y dríadas y náyades hermosas
envueltas entre brumas vaporosas.

Hacia el concurso vuelto que impaciente
dél los ojos apenas ha apartado,
Quetzalcohuatl exclama con doliente
voz, y el augusto rostro consternado:
"Vosotros penetrais seguramente,
¿pues qué en el mundo os ocultara el hado?
la causa por la cual os llamo ahora,
dioses del pueblo que á *Tohil* adora.

"No es ¡ay! como otras veces, para en trato
alegre, al son dë harpas y cimbales,
el ánimo esparcir y el néctar grato
libar, que el cielo dió á los inmortales;
ni para concertar sin aparato
los dones que, propicios, á raudales,
de dispensar se habían al nativo,
tan fiel y tan piadoso y compasivo.

"Sino para, con ánima doliente
y llenos de amargura y desconsuelo,
ante el mal que, cual todos, de repente
nos hiere, hablar de ruinas y de duelo;
porque la virgen tierra de Occidente
hollado mira su fecundo suelo
y á los hijos de ëlla, extraña raza
con exterminio y hierros amenaza.

"Guïada por deidad terrible y bella
que el suelo apenas con las plantas toca,
y ante la cual nuestro poder se estrella
cual la furia del mar contra la roca;
viene, y arrasa, y rompe, y atropella,
y el trono de los príncipes derroca,
y en la ara de los dioses tutelares
á los suyos erígeles altares.

"Contra ella los quichées esforzados
de los *Kicabes* dignos descendientes,
en campos, para siempre renombrados,
diez batallas libraron diferentes......
¿Mas á qué referir los resultados
si lo sabeis, oh, dioses, refulgentes?
¿Por qué, decid, *Huitzilipoctli* ahora
la frente inclina y el furor devora?

"Yo vengo de esa tierra á la que el manto
de la estación feliz cubre florido,
y en donde quier tribulación y espanto
miré: de todas partes á mi oído
llegó de viuda desolada el llanto
y de mísero huérfano el gemido:
por todas partes mis dolientes ojos
vieran incendios, ruinas y despojos.

"Tiempo es de que nosotros en la fiera
encarnizada lid interviniendo
concertemos ¡oh, dioses! la manera
de contener estrago tan horrendo;

y antes, sí, antes de que triste muera
la fe que, herida, está desfalleciendo
sobre el ara del ídolo ultrajado,
auxilio demos al quiché esforzado.

"Si nó, por la tormenta desatada
que en torno ruje con furor que aterra,
la votánide estirpe renombrada
del haz será raída de la tierra;
y cual del cáliz de la flor tronchada
el perfume evapórase que encierra,
del culto que los hombres nos rendían
ni recuerdos, siquiera, quedarían."

Tal dijo la deidad, que del fulgente
iris los hermosísimos colores
en el peto de oro y de la frente
en el penacho ostenta, brilladores;
en derredor oyéndose un doliente
concierto de gemidos y clamores,
con que, la voz al escuchar funesta,
la multitud de númenes contesta.

Y así que unos con otros por un breve
espacio el punto, divididos, tratan,
un dios, aquel que las montañas mueve
y á quien los negros cíclopes acatan,
de pie sobre un carámbano de nieve
do las múltiples luces se retratan,
dice, la sien altiva y abrasada
de sulfúrea diadema coronada.

"Ocurre, que así aveces lo dispone
Aquel á cuyos pies los astros ruedan,
que á algún titán que el orbe descompone
ni hombres ni dioses contrastar püedan.
Más lo que el hierro no que se le opone
la astucia logra, en cuyas redes quedan,
á merced del que explota sus errores,
del mundo los soberbios opresores.

"¿Por qué, pues, hoy que el implacable ibero
las huestes indias viendo debeladas,
de la victoria al canto lisonjero
entorna las pupilas fatigadas;
el nativo, con rostro placentero
y frases y promesas estudiadas,
sagazmente llevarle no podría
á punto en que la muerte encontraría?

Vosotros, que con suma perspicacia,
de mi mente miráis el pensamiento:
dicidme si creeis en su eficacia
para ponerlo en práctica al momento.
Si no, míseros dioses en desgracia,
cubiertos de baldón, del firmamento
donde imperamos hasta hoy, bajemos,
y el cetro de una vez abandonemos."

Tal dijo el Mal, quedando la propuesta
aceptada por todos á porfía.
Después los dioses, con rumor de fiesta
que música lejana parecía,

sobre los bordes de la cumbre enhiesta
dispónense á partir; y en la sombría
noche el cráter, de lejos, fulguraba
como ceñido por hirviente lava.

El ala luego abriendo luminosa
dispérsanse en distintas direcciones,
iguales, en la noche tenebrosa,
á súbita explosión de exhalaciones.
Poco después el alba pudorosa,
de Oriente apareciendo en los balcones,
la inmensa mole de los Andes quieta
teñía de carmín y de violeta.

Del alto *Cuchumán* (6) que del guerrero
Mame en el reino, triunfador se eleva
en tétrico paraje vive austero
un *ajquij* que de *Acán* el nombre lleva.
Arúspice famoso y hechicero
de ciencia habiendo y de virtudes prueba
dado en el siglo que su edad abarca,
reverenciado es en la comarca.

Tomando, pues, del célebre adivino
la figura de todos conocida,
porque una vez siquiera ¿quién no vino
á la montaña obscura y escondida
ó la cifra á pedirle del destino
ó el mágico secreto de la vida?
el dios que el mundo subterráneo rige
de Utatlán al palacio se dirige.

Donde del *Mam* el rey, *Caibil* llamado,
está, que por la guerra desastrosa,
para tratar asuntos del estado,
viniera de su corte populosa.
En rico apartamento retirado
el rey en sueño plácido reposa,
cúando ante él *Cabricán* apareciendo
así, con grave voz, le va diciendo:

"Cómo, señor, cuando con llanto triste
el suelo riega de *Ilocab* (7) la raza
que de crespones fúnebres se viste
porque fiero dolor la despedaza;
cuando el poder de los quichés no existe
y al tuyo igual catástrofe amenaza;
tú, al influjo de pérfido beleño,
gozando estás de descuidado sueño?

"Deja el mullido lecho á quien dichoso,
cuando la noche sobre el mundo impera,
no siente en la alma de áspid ponzoñoso
la horrible mordedura: que á quien diera
el cielo regir cetro ponderoso
de que el mundo tan solo considera
el esplendor falaz, no tiene, el pecho
de afanes lleno, á reposar derecho.

"Alzate y presta á mi palabra oídos:
los dioses de este suelo protectores
del estrago terrible condolidos
que los *teules*, dë armas superiores

y de otra disciplina prevalidos,
hacen en sus sencillos moradores;
han concertado próvidos el medio
de dar á tantos males un remedio.

"Y á mí, adusto habitante de la ignota
cumbre, que con el látigo del rayo
la tempestad del ecuador azota
y nunca viste placentero Mayo;
de hacer que caiga en vuestras manos rota
la extranjera falanje, si desmayo
no os asalta mortal, el plan confían;
y ahora á revelártelo me envían.

"Este es que del Quiché los mandatarios
guardando en lo recóndito del pecho
(que aveces los afectos más contrarios
fuerza es mostrar) el odio y el despecho;
al español envíen emisarios
con dones que hagan ostensible el hecho,
á brindarle con frase lisonjera
paz deleitosa y amistad sincera.

"Aceptará la pérfida propuesta,
que nada tanto al hombre envanecido
como el éxito ofusca. En son de fiesta
á Utatlán sea entonces conducido,
fuerte ciudad, á la ocasión dispuesta,
en la que el indio ejército aguerrido
podrá á mansalva, el paso interceptado,
aniquilar al extranjero odiado.

"Ya del próximo día en el Oriente
la luz, sonrisa del Criador, chispea,
y pronto del Quiché la noble gente,
por el rey convocada en asamblea
hallaráse reunida. En ella, influente,
sugiere tú la revelada idea;
el éxito teniendo por seguro
si de Utatlán al *teule* encierra el muro."

Esto dicho, el arúspice supuesto
del rey desaparece á la presencia,
dejando un rastro, que se borra presto,
de vaga luz y de sutil esencia.
Pronto *Caibil*, del estupor repuesto
que produjérale esta confidencia,
así que el traje vístenle que elije
del Consejo á la estancia se dirige.

Do no desconsolados y abatidos
ni presa de mortal desesperanza,
sino, aunque llenos de amargura, erguidos
y respirando cólera y venganza,
los señores quichés están reunidos
de Utatlán ataviados á la usanza;
con joyas y plumeros de colores
que del sol reproducen los fulgores.

Sobre el trono de oro reluciente,
de esmeraldas y perlas recamado,
preside. *Oxib*, ciñéndole la frente
el penacho gentil, tornasolado.

Partícipe del cargo preeminente
Beleheb se halla del *Ahpop* al lado;
de ambos *Caibil* sentándose á la diestra
y el grave *Tepepul* á la siniestra.

Cuando el vasto recinto henchido queda
de jefes y *ahaúses* (8) arrogantes
en cuyos trajes finos cual la seda
resaltan los colores más brillantes
con primor compartidos; sin que pueda
la emoción ocultar vencida antes,
así el rey á los nobles congregados,
en lágrimas los ojos anegados,

Les dice: "Al veros, á la mente mía
la causa que reúnenos (¡oh, giros
de la suerte falaz!) viene sombría;
y al querer la palabra dirigiros,
en lugar de la voz que muere fría,
acuden á mis labios los suspiros
y desbordada, á influjo de la pena,
del llanto corre á mi pesar vena.

"Acaso ¡oh nobles! mi dolor os mueva
á contemplar cuán vana y transitoria
es la fortuna, que á quien hoy eleva
falaz, mañana burlará irrisoria;
pues yo ¡infeliz! de lo qne vale en prueba
rey soy que plañe su empañada gloria;
quiché en la Patria dolorida fijos
los ojos; padre que perdió á sus hijos.

"Más ya de sus congojas aliviado
el triste corazón que hasta este instante
se mantuviera indómito y callado
entre las garras del dolor, no obstante
que en ellas se rompía torturado;
diréos, de escucharos anhelante,
cuáles en vista son de los eventos
de vuestros soberanos los intentos.

"La suerte adversa desafiando fiero,
que no arredran los golpes al valiente,
el pueblo del quiché contra el ibero,
engreído del triunfo, la pendiente
contienda seguirá. Yo, así lo quiero,
de mi rehecha grey pondréme al frente;
el plan siguiendo fiel que ahora expongo
y á vuestra sabia aprobación propongo.

"En dos la hueste nuestra dividida
recorrerá la una la campaña,
en donde, sin entrar en decidida
acción con la invasora hueste extraña,
impedirá que sea abastecida;
y hoy compacta, partiéndose mañana,
tendrá por norma, la ocasión el lance
prestando, hacerle cuanto daño alcance.

"La otra encerrada en el invicto muro
de *Gumarcaj*, (9) de fuera recibiendo
el necesario auxilio y al seguro
golpe el campo, en redor, libre teniendo,

podrá, en plazo sin término, en el duro
empeño persistir. Acaso viendo
nuestra constancia la voluble gloria
al fin nos dé por premio la victoria.

"Más si el destino tan adverso fuera,
porque los dioses quiéranlo inclementes,
que el triunfo logre al fin la hueste ibera;
antes ¡oh, bravos! que doblar las frentes
á la coyunda bárbara, una hoguera
haciendo de Utatlán, allí valientes
sabríamos morir; á las latinas
huestes dejando por trofeos ruinas.

"Tal es de vuestros reyes el intento.
Si vuestro voto unánime obtuviere,
á la faz de ese limpio firmamento,
peaña del sol que nuestros ojos hiere,
hagamos de cumplirlo juramento.
Y si mejor remedio os ocurriere,
sin que respeto alguno se interponga,
hablad: lo más prudente se disponga."

Como siempre el mortal está dispuesto
pábulo á dar á generosa idea
y el paladín á enardecerse presto
el fragor al oír de la pelea;
ya con muestras de júbilo al propuesto
plan se inclinaba toda la asamblea
de combates ansiosa, cuando alzando
Caibil la voz, hablar solicitando,

Silencio pronto obtuvo reverente.
Entonce, ante el concurso numeroso
que el ánimo conoce del valiente
monarca y el ingenio cauteloso,
con acento expresándose elocuente
y con aspecto grave y majestuoso,
refiere luego la visita extraña
que le hiciera el *ajquij* de la montaña.

Y las propias palabras repitiendo
del celestial enviado á los presentes,
el concebido plan les va exponiendo
que, urdido por los dioses providentes,
hará que pronto el español tremendo
perezca; por lo que con ardientes
voces á realizarlo les conjura,
la victoria teniendo por segura.

Sea el divino origen que al artero
sugerido proyecto se supone;
sea que contemplándolo hacedero
de los quichés al ánimo se impone;
causa es de que el propósito primero
sin discusión alguna se abandone,
decidido quedando que al instante
la estratagema llévese adelante.

Aun de rubias estrellas tachonada
resplandecía la celeste altura,
con luz como la luz inmaculada
que de sus ojos vierte la hermosura;

cuando dejando la ciudad murada
que silenciosa duerme en la llanura,
de quichés numerosa comitiva
de *Xelajú* al real camina activa.

Cien nobles la componen altaneros
con la pompa vestidos de costumbre
(lo que luego se nota á los primeros
fulgentes rayos de la eterna lumbre);
escoltados por rudos ballesteros
á los que sigue inmensa muchedumbre
de *macehuales* que aunque al peso inclinan
la frente, no con lentitud caminan.

Los que al íbero jefe destinados
conducen mil magníficos presentes;
como granos y frutos delicados
y telas de colores diferentes;
y escudos y penachos fabricados
de plumas, y vasijas sorprendentes
por la forma y materia, y un tesoro
en perlas finas y en alhajas de oro.





CANTO IV.

La embajada quiché es recibida en *Xelajú* por Alvarado. — Llegan los españoles á Utatlán, de donde se salen luego, noticiosos de la trama que contra ellos se urdía. — Agitación del rey *Oxib.* — Habiendo venido los soberanos quichés á visitar á Alvarado, éste los hace prender para juzgarlos. — Muerte de *Oxib-quej* y *Beleheb-tzy.* — Fin del poema.

Al despuntar el sol del nuevo día
á la risueña *Xelajú* nombrada,
donde el hispano su cuartel tenía,
llegó de los quichées la embajada.
El cuadro que ante ella se ofrecía,
jamás imaginado, ve admirada;
cual es lleno de vida y movimiento
un cristiano y alegre campamento.

Allí, por ellos nunca contemplados
tan de cerca, los indios arrogantes
á los íberos miran esforzados.
Determinan el porte, los semblantes
que traen casi todos adornados
de barbas; y los trajes; las brillantes
armaduras; la risa bulliciosa;
la lengua extraña sí, más armoniosa.

Posesionados ya de las viviendas
que los tímidos dueños, un amparo
buscando, abandonaran, cual de haciendas
propias disfrutan sin ningún reparo.
En una ú otra, improvisadas tiendas
abierto han el mercader avaro
y el tahur y el prendero; donde advierten
que unos trafican, otros se divierten.

Aquí el báquico grito que desgarra
el aire, suena, ó el confuso coro
de los que al albur buscan bizarra
fortuna, y se oye el retintín del oro.
O bien de melancólica guitarra
el cadencioso murmurar sonoro,
con que el rudo soldado se acompaña,
talvez pensando en la remota España.

Otros, allá, los cascos relucientes
limpian y las corazas cinceladas,
y probando las hojas resistentes
blanden con fuerte mano las espadas.
Más lejos, los corceles impacientes
con las deshechas crines erizadas,
del diestro por los pajes conducidos,
pasan, dando gozosos resoplidos.

Al compás de dulzainas y atambores
que anuncian su llegada al campamento,
en medio de sin fin de espectadores,
con bandera de paz tendidaal viento,

atraviesan los cien embajadores.
Páran ante el palacio, alojamiento
del blanco *Tonatiú*, do detenidos
de pronto por la guardia, recibidos

Luego son por el jefe castellano;
quien de arreos vestido marcïales
y por solemnizar el acto, vano,
rodeado de brillantes oficiales;
con aire y majestad de soberano,
sin de satisfacción mostrar señales,
cual si fuera debido vasallaje
de los quichées escuchó el mensaje.

Vertido que este fué al hispano idioma
por un azteca que las lenguas sabe
del sur, aquél que un aire serio toma
y las tupidas cejas une grave,
con voz en que áun indignación asoma
que nada—dice—responderles cabe
de pronto: que á Utatlán muy luego iría
donde lo que ha de resolver vería.

Después, con alhagüeñas inflexiones
de voz, que á los quichées la esperanza
infundan, manda recibir los dones
que estos llevádole han, según usanza.
Y así que los obsequia; con razones
muy finas, que regresen sin tardanza
les insinúa, aunque pesar le cueste,
para que alojamiento se le apreste.

Con lo que los quichées, ni contentos
ni tampoco del todo desairados,
fluctuando, cual la flámula á los vientos,
á merced los afectos encontrados
que pérfida política, violentos
al espíritu infunde; apresurados,
con zambra cual la zambra que traían,
de Utatlán el camino deshacían.

Ya el sol, el sol eterno, en el vacío
como roja pupila incandescente,
envuelto en los vapores del estío
se hundía tras los montes de Occidente;
cuando cruzando de Lemoa el río
la muchedumbre ibérica, impaciente,
todos de polvo y de sudor cubiertos
los llanos pisan de Utatlán, abiertos.

Ante sus ojos, por la luz intensa
y el hálito del trópico abrasados,
sobre las cimas ásperas suspensa
que en medio se alzan los risueños prados
aparece Utatlán, hermosa, inmensa:
descuellan los palacios almenados;
los altos templos, que entre el velo de oro
del aire, brillan cual fugaz meteoro.

Admiran los hispanos—aunque ellos
tantas tierras han visto—entre los tules
que livianos envuélvenlos, tan bellos
campos, montes tan altos, tan azules;

y del sol á los últimos destellos,
al pie de un bosquecillo de abedules
que intercepta el camino, se detienen
y en gozar del paisaje se entretienen.

Hallábanse áun allí, cuando á festiva
algazara—conjunto de rumores
extraños—con suntuosa comitiva
de *Gumarcaj* arriban los señores;
quienes paseando la mirada activa
en torno, sin dudar, por exteriores
señales, distinguiendo al jefe ibero
enderezan hacia él el derrotero.

Y del solio bajando, en el instante
que el capitán, que su intención percibe
del palafrén apéase arrogante,
llegan á él, que en brazos los recibe;
y así que la nobleza ante el brillante
teule una gran genuflexión describe
apartándose á un lado, en conmovida
arenga *Oxib* le da la bienvenida.

Vuelven luego á los solios primorosos
los soberanos; sigue la nobleza;
atrás los españoles belicosos
y auxiliares; y todos con presteza
á Utatlán se dirigen. Muy vistosos
arcos ornan la vía; y con viveza
siervos mil, al pasar los visitantes,
de hojas y flores cúbrenla fragantes.

A la ciudad avanzan que á los rojos
fulgores del crepúsculo muriente,
de *Tonatiú* preséntase á los ojos
formidable, en la cúspide eminente.
Y sin que sean del recelo antojos,
del pueblo, en torno congregado, siente
la hostilidad; notando que entre seres
tantos, no asoman niños ni mujeres.

Y luego al penetrar en el recinto
murado, que dos únicas entradas
cuenta, se admira de encontrarlo extinto;
las calles todas viendo interceptadas.
Adivinó la trama por instinto;
las primeras sospechas aumentadas
quedando al ver que en el cuartel no había
la provisión que el uso requería.

Paso á la verdad las dudas dieron.
Pues sucedió que algunos mexicanos
á revelarlo todo el plan vinieron
urdido por los reyes quicheanos;
del que ellos, sin pensarlo, se impusieron,
mezclándose al azar á unos villanos
que del caso en voz alta departían
sin presumir que extraños los oían.

Entonces Alvarado, so pretexto
de que para los brutos que consigo
trae, no se halla vívere dispuesto
y gustan más del campo sin abrigo;

los batallones ordenando presto,
con blanda voz y con semblante amigo
del lugar sospechoso con premura
sale, rumbo á la próxima llanura,

Do lo mejor que sabe se repara;
el allí improvisado alojamiento
haciendo vigilar cual si se hallara
á vista de enemigo campamento.
Esto ya cuando esplendorosa, clara,
invadía la noche el firmamento,
y tras las altas cúspides de Oriente
la alma luna rielaba suavemente.

Mientras que por azar ó por celeste
permisión, Alvarado se evadía
de la tendida red y hacia el agreste
paraje, en actitud muda y sombría,
marchaba en su bridón; y en pos la hueste
hispana, que en la sombra se perdía
solo tras sí, efímero, dejando
el polvo que el tropel va levantando:

Y en tanto que dispersas, placenteras,
cual luciérnagas mil en el verano,
explenden á lo lejos las hogueras
prendidas en el real del castellano,
(donde agitado de pasiones fieras
contra el quiché faláz, el jefe hispano
está sólo, su espíritu tremendo
hórridos planes de venganza urdiendo):

Oxib, al contemplar desalentado
que, del lazo en que ya preso le hacía,
el *teule*, así dejándole burlado,
á tiempo inoportuno se salía,
y cual tigre agilísimo escapado
de una prisión, al campo se volvía;
en medio de los suyos, sin que pueda
ni moverse ni hablar, un rato queda.

Luego al fijar siniestra la mirada
en la hueste que váse alegremente,
de la ïra sintió la llamarada
quemarle el alma y abrasar su frente:
impulsos tiene de sacar la espada;
y de gritar y de reunir su gente,
infundirle su espíritu, y ligero
precipitarse en pos del extranjero;

Y en la fragosa cuesta ó en la plana
extensión de la húmeda llanura,
sobre él y la cohorte mexicana
caer como un ciclón. Así en obscura
noche, creciente que se vino ufana
del monte, al campo roba la hermosura;
y cuando el día vuelve solo ruinas
y estrago alumbra en valles y colinas.

Mas este acceso de su alma fiera,
como el dolor á la esperanza, cede
á la razón tranquila. Considera
que al contratiempo el éxito sucede.

Librada ahora la falanje ibera
hacer mañana que retorne puede
sin esfuerzo, al lugar determinado,
do de cumplirse habrá la ley del hado.

Y en su aposento luego, halagadora
visión que al alma triste se aparece,
acaso del delirio precursora,
en fantástico cuadro se le ofrece:
él mismo, tras la lid atronadora,
por la campiña que el Abril (1) florece,
pasar se mira, entre fulgente llama;
y vencedor la multitud lo aclama....

Vana sombra, quimera sonrïente,
que como tal se esfuma en breve plazo;
y sin poder ni definirla, siente
mortal angustia hecharle al cuello un lazo.
En vano quiso reclinar la frente
de la fe, que invocara, en el regazo;
y so el ala del sueño protectora
del afán reposar que le devora.

Pues todo el tiempo, que pasó despacio,
de la lóbrega noche, hasta el momento
en que el orto tiñendo de topacio
el alba sonrïó en el firmamento;
oyó, sobre los muros del palacio,
plañir, con voz desgarradora, el viento;
funestos desfilando ante sus ojos
en vaivén pertinaz fantasmas rojos.

Seguido, al son de bulliciosa orquesta,
del *ahpop Beleheb* y los señores
que, como en día de placer y fiesta,
ostentan plumas, joyas y colores;
sobre el solio brillante—ya compuesta
la faz—entre los claros resplandores
del nacïente sol, cual la esperanza
hermoso, *Oxib* al campamento avanza

Que en la verde extensión de la llanura
el español formara precavido.
Allí por Alvarado, de armadura
y casco refulgente revestido
y que por la arrogancia y apostura
entre los suyos luce—recibido
es con muestras de paz y de contento
que confïanza infúndenle un momento.

Un momento no más, pues luego viene,
al tender en contorno las miradas,
á observar que la tropa se mantiene
en línea, con las armas preparadas:
que el *teule* en todas direcciones tiene
las mortíferas bocas apuntadas;
y que allá, los ginetes, tras los peones,
hieráticos se están en los bridones.

En el punto al tocar do del hispano
jefe, la tienda se levanta sola,
y encima de la cual el castellano
pendón al aire, exótico, tremola;

la comitiva pára. Con urbano
lenguaje, el capitán de la española
hueste, allí saludándola, la entrada
le muestra, de soldados resguardada.

Los reyes, de las andas con presteza
bajando, en las que fueran transportados,
con majestad mezclada de fiereza
y con paso seguro, acompañados
de la escogida flor de la nobleza,
penetran al recinto; do invitados
por el campeón, en bancos que se ostentan
rudos en derredor, todos se sientan.

Tonatiú, de quien varios oficiales
de pié y atrás se quedan, un asiento
ocupa principal, á las reales
personas junto á sí teniendo atento.
Cambiados los saludos y señales
que se hacen de recíproco contento,
á que sigue la oferta de preciosos
regalos, por los indios obsequiosos,

Oxib que lengua cortesana usa
y el odio intenso vela reprimido,
con el caudillo ibérico se excusa
de no haber, cual quisiera, prevenido
antes estado á recibirle. Acusa
á su nata rudeza del descuido;
mas ya la falta reparada viene
á que á Utatlán le siga, si lo tiene

A bien, allí para obsequiarle bueno.
Como en ardiente día de verano
cubre el cielo purísimo y sereno
nubarrón repentino, del que ufano
el relámpago brota—y rueda el trueno;
así, oyendo al monarca americano,
del feroz Alvarado en un instante
se anubla y descompónese el semblante.

Y al callar el nativo, con los ojos
fulmíneos, cual de fiera enfurecida
y de la faz, á que reflejos rojos
á veces suben, la color perdida;
salta, y dándole rienda á los enojos,
fruncido el duro ceño, estremecida
la barba, cual espiga á que la llama
toca, con voz atronadora exclama:

"Mentís, traidores. Intentáis en vano
ocultar vuestra torpe felonía:
al superior saber del castellano
pensastéis escapar: ser no podía.
Así á la fe faltáis al soberano
mayor del mundo que hasta aquí me envía,
y á mí, que antes que en lid venceros brava,
con la paz, amoroso, os convidaba.

"A esa Utatlán, que no verá otra aurora
trajísteisme: teníais asechanza.
y aún venís ¡oh, gente engañadora
á probarme: ¡cuán poco se os alcanza!

Conozco yo mi corazón: ahora
sabréis lo que es del *teule* la venganza;
mal digo: la justicia formidable
que á alcanzaros va luego inexorable."

Y mientras que los reyes—que ofendidos
son, del gesto induciendo, y de su gente
con instantánea precisión seguidos—
së han tranquila y altaneramente
alzado, y con los ceños contraídos
ven con frío desdén y frente á frente
al temible caudillo; apresurado
éste á un apartamento que está al lado

Pasa, del que seguido de escribanos
sale luego, y de turba de alguaciles
que traen unos grillos en las manos.
Ordena *Tonatiú* los hierros viles
poner á los absortos soberanos;
lo que hacen los activos ministriles
ante los nobles, que por un momento
quedan ante esta acción sin movimiento.

Todo lo dicho por el jefe airado
en la anterior inesperada escena
ha el intérprete azteca trasladado
á tiempo; y ya cumplida su faena
ahora vése á un extremo retirado
mostrando al par admiración y pena.
A poco *Oxib* del estupor repuesto
á *Tonatiú* le dice: "No contesto

"Al cargo que nos haces: fuera insano.
Ninguna potestad para ello tienes.
Sólo á un juez conocemos soberano:
el que dió la corona á nuestras sienes.
Tú, como las fieras, inhumano
contra estos pueblos, que son libres, vienes:
era hacerte la guerra buen derecho:
destruirte: ¡lástima es no haberlo hecho!

"Sabes, para olvidarlo falta plazo,
si hay del quiché en el alma valentía.
Ahora tú que nos tiendes este lazo
hablarás, español, de alevosía?
Mas ven, valiente capitán, el brazo
levanta y hiere al fin. En este día
verás si del Quiché en los soberanos
impunemente pónense las manos."

Mientras estas y muchas más razones
Oxib y el otro príncipe exhalaban,
los señores quichés, en pelotones
compactos de la tienda se escapaban;
y prorrumpiendo en mil exclamaciones
que lamentosas y terribles daban,
huían, la nueva por doquier llevando
y de lejos al real amenazando.

Cual si llorase de Utatlán el duelo,
en la mañana del siguiente día
tras los crespones fúnebres del cielo
triste brotó la luz; y de la fría

niebla, en redor, al destacarse el suelo,
desde su campo el español podía
ver los próximos cerros coronados
de multitud de indígenas armados.

Los que en hórridos gritos prorrumpiendo
que el aire llenan, á bajar al llano—
cual creciente que viene con estruendo—
se aprestan, sobre el real del castellano.
¿Vísteis negra venir, el sol cubriendo,
la plaga á devorar la mies y el grano?
Más numerosos los quichés serían
y en sed de sangre y de venganza ardían.

Pero principio al dar al movimiento
de descenso y reunión que meditaban,
un evento primero y otro evento
después que ni siquier se imaginaban,
á detener vinieron un momento
el titánico impulso que llevaban.
Cuando avante siguieron ¡triste suerte!
¿cómo arrancar sus presas á la muerte?

Es el uno que allá, sobre la cumbre
do negra se divisa la muralla
de la invicta Utatlán, la roja lumbre
de vivo incendio, de repente estalla:
huye de la ciudad la muchedumbre;
fragor se oye espantoso de batalla;
alzándose, agitados por el viento,
humo y llamas al alto firmamento

Es el otro—tan trágico—que en medio
del hispano real, contra el que jira
la quicheleña hueste, y al que asedio
va á ponerle resuelta, está una pira.
Sobre ella, que arde ya, sin que remedio
instantáneo haya, destacarse mira
á *Beleheb* y á *Oxib* encadenados;
que á tal suplicio fueran condenados

Por el hispano. Con aquel sosiego
del que sabe el valor de la existencia,
sin un ¡ay! ni una lágrima, ni un ruego
impasibles oyeron la sentencia.
Y cuando humilde fraile llegó luego
á hablarles de otro Dios y otra creencia,
así que de su texto se enteraron
á sus plantas la Biblia le arrojaron.

Vino la luz. Entre concurso austero
caminan al cadalso levantado
en la mitad del campo del ibero.
Estaba ya el ejército formado.
Asciende *Oxib* tranquilo y altanero
y *Beleheb* en pos. Al valle amado,
á la ciudad, que ya no altivos rigen,
el adiós postrimero le dirigen.

Y *Oxib*, su pueblo viendo turbulento
hervir en las montañas extendidas
que á la luz del opaco firmamento
parecen como de índigo teñidas;

á su boca subir siente un acento,
que, legado fatal, á las partidas
razas, de paz robando la esperanza,
sepárelas por siempre: "A mí, venganza!"

Mas á su vista misteriosa mano
el velo hendió del porvenir; y unido
contemplar pudo, en día no lejano,
al íbero el quiché, ya redimido.
Acató el pensamiento soberano;
y mudo emblema de perdón y olvido,
envuelto entre la llama omnipotente,
dobló, como los mártires, la frente....

Hoy al sol el *quetzal* luce admirable.
Y áun el indio al pasar por la llanura
de Utatlán, que ve, diz, de formidable
ginete, con espanto, la figura.
Es *Tonatiú*, que sigue imperturbable
de los reyes quichées la tortura,
riéndose, cual de sombras y vestiglos,
de la ira y la clemencia de los siglos!





NOTAS

CANTO I.

(1) *Chocomil.* Llaman así los indios á un viento fuerte que suele alzarse en la laguna de Atitlán.

(2) La letra X, en palabras indígenas, se pronuncia como *Ch.*

(3) *Tesulutlán:* tierra de guerra: nombre indígena del territorio que hoy comprenden los departamentos de la Alta y Baja Verapaz.

(4) *Tohil.* Una de las principales deidades, si no la principal, entre los indios tultecas. En ésta y otras palabras indígenas de que se hace uso, la *h* es aspirada, ó suena como *j.*

(5) *Ahpop-Canhá:* era el título con que los quichées designaban al soberano.

(6) Según Juárros (Tomo II, pág. 31) los quichées traían el pelo largo, cogido hacia atrás con un cordón de colores, que remataba en borla, insignia concedida á los grandes capitanes.

(7) *Teules*, blancos; nombre con que los indígenas de estos países designaban á los españoles.

CANTO II.

(1) Plural de *Ajquij*, sacerdote ó adorador del sol.

(2) *Quetzal.* Ave hermosísima, peculiar de las altas montañas del Occidente y Norte de Guatemala. Es de regular tamaño; el color verde con cambiantes dorados: el

pecho rojo. Se distingue por su cauda, compuesta de tres ó cuatro plumas largas, ligéramente encorvadas, las que cuida de no lastimar. Una especie de penacho de plumas finísimas que le orna la cabeza, le da un aspecto extrañamente bravío. Se supone haber sido el ave sagrada de los quichées: hoy simboliza la independencia de la República.



CANTO III.

(1) *Hunapú.* Nombre que los indios daban al volcán de Agua y que significa *Ramillete de Flores.*

(2) *Quetzalcohuatl.* Una de las principales deidades de los quichées: significa "serpiente vestida de plumas."

(3) *Xibalba.* Nombre de un antiguo imperio tulteca que comprendió gran parte del territorio de la América del Centro.

(4) *Hunapú y Cabrikán* eran otras de las varias divinidades tultecas, las que tenían por oficios los que en el verso se indican. *Cumatz* es la personificación de la peste, deificada según la costumbre de los indios.

(5) *Huitzilipoctli.* Ignorando el nombre que los quichées dieran al dios de la guerra, he creído conveniente designarlo con el que le daban los mexicanos, el que probablemente no era desconocido para aquéllos.

(6) *Cuchumán*, apócope de *Cuchumatanes*, importante ramal de los Andes, que se extiende en el actual Departamento de Huehuetenango, en la República de Guatemala.

(7) *Tamub* é *Ilocab* fueron, según la tradición, dos hermanos que en unión de otros jefes conducían á las tribus quichées y otras afines de éstas cuando vinieron al país. Dieron su nombre á dos de dichas tribus.

(8) *Aháus*, nòble, en contraposición á *macehual*, plebeyo.

(9) *Gumarcaj* (casas viejas); nombre antiguo de Utatlán, ó del lugar en que fué edificada esta ciudad.

CANTO IV.

(1) Según el historiador Milla, la llegada de los españoles á Utatlán debe haber ocurrido en los primeros días de Abril de 1524, mes que, como se sabe, corresponde á la primavera y en el que principia en el país la estación lluviosa, consecuencia de la gran evaporación de las aguas producida por el calor intenso. Esto explica algunas de las descripciones que en este Canto se hacen.

